

dibilidad de tales sindicatos, y su rechazo por la mayoría de los trabajadores de las principales zonas industriales del país. Y a la vez justifican la cerrada oposición de las organizaciones auténticamente obreras a tener alguna relación con ellos: por ejemplo, en 1919, Saborit diría en el Parlamento, para justificar la negativa socialista a participar en los comités paritarios si en ellos estaban representados los católicos: «(...) lo que hemos rechazado, lo que rechazaremos es la convivencia con unos organismos de apariencia obrera, pero que no tienen finalidad obrera y que en la práctica no han hecho, no hacen, ni desgraciadamente harán, sino una cosa: servir de instrumento a la clase patronal para actuar de rompehuelgas».

En conjunto, el estudio de Juan José Castillo representa una primera —y muy valiosa— aproximación a un tema descuidado hasta el presente, pero de vital importancia para un conocimiento completo de nuestra historia social. Esperemos que el autor complete esta primera entrega con la publicación del conjunto de su investigación, que puede dar luz sobre toda la evolución del Sindicalismo católico en nuestro país. ■ **MARIA RUIPEREZ.**

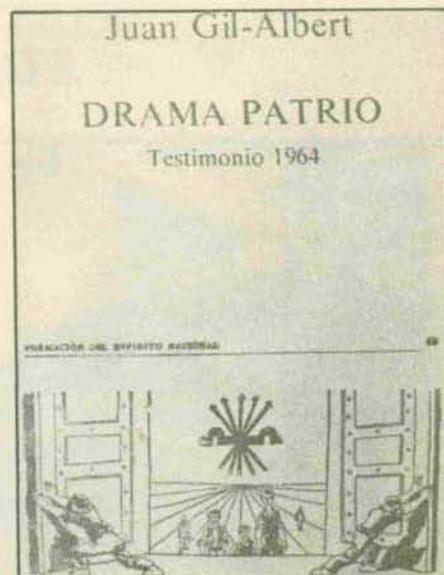
ESPAÑA, VISTA POR UN HOMBRE HONESTO

La Historia es algo que la memoria y la imaginación de los hombres moldea a su capricho; no es una ciencia, sino un arte, como la poesía. Por eso, un poeta —y, por cierto, excelente— como **Juan Gil-Albert** hace en su libro «**Drama Patrio**» (1) un trabajo de historiador que muchos profesionales de esta rama del saber envidiarían. Es una visión de la España contemporánea, retratada por un hombre honesto; por un hombre que ha sufrido en su carne los acontecimientos más importantes de la España de este siglo

—derrumbe incruento de la Monarquía, guerra civil y postguerra, pasando por las vicisitudes del exilio que a tantos afectó, y por las no menos dolorosas y graves vicisitudes del regreso a un país dominado por aquellos mismos que le forzaron a marcharse.

Queda fuera de toda duda el inmenso talento literario que tiene Juan Gil-Albert, talento que en muchas ocasiones bordea lo que llamamos «genialidad»: su buena escritura, su impecable decir, va aliado con una meridiana claridad de pensamiento, y con una visión del mundo certera y esclarecida. Junto a estas cualidades, presentes tanto en su importantísima obra poética como en su narrativa y en sus trabajos autobiográficos, hay que añadir otra, más importante aún, si cabe: una férrea honestidad, un sentido profundo de la dignidad y el respeto a sí mismo, que ya quedó claro en «**Heraklés**» (2), su ensayo literario sobre la homosexualidad. Aunque podamos no estar de acuerdo con las opiniones expresadas en aquel libro, aunque a veces nos parezca que su visión del problema homosexual es incompleta, nunca dejaremos, sin embargo, de admirar a quien lo ha escrito: Gil-Albert tuvo la osadía de escribir sin recato de un tema que todavía resulta casi tabú entre nosotros, y además en los años cincuenta.

Algo parecido ocurre con «**Drama Patrio**». Gil-Albert no se erige, en ningún momento, en intérprete objetivo o testigo imparcial de la historia; antes bien, explícitamente rechaza cualquier objetividad. El mismo forma parte de la historia que cuenta, y sus juicios se basan no solamente en la experiencia y en el recuerdo, sino en categorías morales. Por lo tanto, podemos no estar de acuerdo —a mí mismo me ocurre— con su interpretación del «drama patrio» que ha supuesto este último siglo español, y sin embargo sentir una enorme simpatía por alguien que, como Juan Gil-Albert, dice su sentir sin más ánimo que el de expresarlo, sin partidismo de ninguna clase, tratando de ser, simplemente, un **hombre de opinión** —así es como él mismo se califica—, que se quiere, ante todo, libre.



Libertad esta que podríamos calificar de engañosa, puesto que no hay libertad posible sin compromiso, no hay libertad si no es **contra** algo, y Gil-Albert rechaza todo compromiso, precisamente. Engañosa, pero no cobarde opción, pues el hombre que la ha tomado es un hombre virtuoso, en el más profundo sentido de la palabra: su virtud tiene algo de clásico, de romano. Critica a su patria y a los hombres de su patria, pero jamás los rechaza y, por encima de todo, trata de comprender incluso a quienes fueron sus enemigos; se duele de lo que le ha tocado vivir, y se conduce con los demás, pero siempre de una manera noble, sin rencores ni odios. Su propia vuelta del exilio en tiempos en los que aún podía temer la persecución o, por lo menos, el rechazo por parte de los vencedores de la guerra civil, es un acto moral noble y valeroso: y su libro, escrito en el año 1964, cuando Franco celebraba sus bodas de plata con el Poder, es una prueba más de su valentía ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

DE LA OBJETIVIDAD EN LA HISTORIA

Un acontecimiento histórico como, por ejemplo, la Revolución francesa es algo perfectamente localizable

(1) Tusquets Editor. Colección «Marginales».

(2) Taller de Ediciones J/B.

EDICION DE MADARIAGA



A finales de Julio Salvador de Madariaga cumplía noventa y un años. Celebró el cumpleaños en un hotel de Locarno, ciudad suiza que seguramente le traería lejanos recuerdos de sus años diplomáticos en la Sociedad de Naciones. Don Salvador parece encontrarse joven y con excelente apetito: dicen que en la noche del cumpleaños cenó nada menos que «salmón, poularda, tarta y soufflé, y bebió champagne». Además, trabaja en un nuevo libro, que aparecerá en este otoño y continúa escribiendo en los periódicos.

Larga vida la de este liberal nato, como él gusta definirse, porque —escribe— se nace liberal como se nace rubio o moreno. Vida en la que hay tantos episodios que producen irritación en unos, opiniones sorprendidas para otros, escándalo a veces, interés casi siempre...

Ahora, la editorial madrileña Espasa-Calpe y la bonaerense Sudamericana editan conjuntamente las obras de Salvador de Madariaga. Edición muy cuidada, es una nueva oportunidad para esa sorpresa, irritación, admiración o escándalo. Estos son los títulos publicados: «De la angustia a la libertad», «Memorias de un federalista», «El auge y el ocaso del imperio español en América», «El semental negro», «Nataaniel», «Guerra en la sangre», «Una gota de tiempo». ■

Basta consultar cualquier enciclopedia o manual para encontrar, en primer lugar, unas fechas que lo enmarcan en el tiempo; luego, una serie de nombres propios y de referencias a hechos concretos. Si decimos, pues, «1789-1799», citamos a Marat, Danton o Robespierre o hablamos del asalto a la Bastilla, la abolición de la monarquía o la constitución de la Asamblea legislativa, todo el mundo sabrá a qué nos referimos. Una vez identificados los hechos, el conocimiento histórico no debería plantear mayores problemas.

Todo lo anterior parece caer por su propio peso y, sin embargo, como nos advierte el filósofo marxista polaco, Adam Schaff, entre otros, las cosas no son tan sencillas (1). En primer lugar, los historiadores muestran divergencias entre sí a la hora de enfrentarse a un acontecimiento como el señalado. Discrepan hasta el punto de que hay quienes niegan, por ejemplo, de que pueda hablarse de una sola revolución, sino de

varias, encabalgadas unas sobre otras, y cada cual con una dinámica propia. Como tampoco se ponen de acuerdo en la selección de los hechos significativos de ese período o en la interpretación de las causas que lo motivaron. Así, para remitirnos a los ejemplos del propio Schaff, mientras un historiador como Michelet veía la causa inmediata de la Revolución de 1789 en la miseria del pueblo, Tocqueville atribuía su estallido, por el contrario, a la «prosperidad pública» y a la falta de adecuación entre los restos de unas instituciones feudales y la nueva realidad económico-social. Estas interpretaciones, en principio opuestas, serían recogidas más tarde por otros historiadores franceses: así veremos, por ejemplo, a Jaurès enfrentado a Taine, y a Lefebvre discrepando de Labrousse.

¿Qué podemos deducir, se pregunta Schaff, de todo ello? ¿Que las distintas interpretaciones son producto de un desigual conocimiento de unos mismos hechos? ¿Que unas y otras están condicionadas por factores subjetivos o por los intereses propios del medio y del momento en

que se desenvuelve el historiador?

Contestar afirmativamente a la primera pregunta equivale a situarse en el marco del **positivismo**, mientras que en el segundo caso estaríamos dentro de la tendencia, diametralmente opuesta, del llamado **presentismo**.

Para los positivistas, en efecto, el conocimiento histórico sería algo así como el simple reflejo pasivo de los acontecimientos del pasado tal y como realmente se desarrollaron. La tarea del historiador no podría ni debería ser otra que la de inventariar cronológicamente los elementos de ese pasado conforme fueran saliendo a la luz gracias al propio desarrollo de las técnicas y los instrumentos de investigación.

A esta doctrina, **el presentismo** —heredero de la «historia pragmática» de Hegel— opondría su concepción dinámica del conocimiento histórico como reconstrucción del pasado a partir de los intereses y aspiraciones concretos y siempre cambiantes del presente. Para el filósofo Benedetto Croce, por ejemplo, a quien tanto debe el presentis-

(1) *Historia y verdad*, de Adam Schaff. Colección Crítica. Grupo editorial Grijalbo.

mo, la historia es creación del espíritu en la que la intuición jugaría un papel fundamental. Aquella dejaría de ser ciencia para convertirse en arte: actividad intuitiva por excelencia.

Llevado a sus últimas consecuencias, el presentismo conduce a un relativismo subjetivo que niega la propia existencia objetiva de la historia fuera de la mente del observador. De ahí que el problema de la objetividad o la verdad en el conocimiento histórico pierda todo su sentido y sólo quepa adoptar —según hicieron ciertos presentistas, fundamentalmente norteamericanos— la perspectiva del pragmatismo, es decir, la reducción de lo verdadero a lo útil.

Aunque por distintas razones, ni el positivismo ni el presentismo aciertan a resolver, pues, el problema de la objetividad en el conocimiento histórico. Ni uno ni otro consiguen sacarnos del «impasse». Frente a ambos, Schaff va a escoger una tercera vía que tiene como claro punto de partida la teoría del reflejo, a la que da, no obstante, una interpretación activa. Según esta interpretación, consecuentemente marxista, el conocimiento consiste siempre en una relación dinámica entre el sujeto y su objeto. Interacción que se produce en el marco de la práctica social del primero: es decir, como actividad sensible y concreta del individuo, concebido no aisladamente, sino como «conjunto de relaciones so-

ciales» (Marx dixit). Reconocida la existencia de este componente subjetivo en cualquier actividad cognoscente, la solución no consiste en tratar de disimularlo, sino en analizarlo a fondo para precisar sus modalidades de intervención y tratar de neutralizar sus posibles efectos dentro de un proceso general de perfeccionamiento infinito del conocimiento.

A partir de estas coordenadas, Schaff lleva a cabo un lúcido análisis de la «sociología del conocimiento» en el que, al tiempo que valora muy positivamente ciertas ideas manheimianas como la que presenta el conocimiento como actividad colectiva, rechaza, sin embargo, su teoría de la «intelligentsia» como único grupo capaz de sustraerse a los efectos de la «falsa conciencia» con la que el filósofo de la escuela de Frankfurt identifica toda ideología, y único capaz, por tanto, de alcanzar la objetividad en el conocimiento histórico. Schaff refuta tal conclusión de Mannheim porque ello equivale a defender indirectamente lo que el mismo autor había rechazado como punto de partida y base de su crítica a Marx: la existencia de un ideal de verdad absoluta y eterna. Situándose en una clara perspectiva marxista, Schaff concibe **la verdad o la objetividad** no como algo inmutable, sino como **un proceso infinito consistente en la acumulación incesante de verdades parciales**. Para el filósofo polaco el historiador sólo podrá evitar en buena medida la acción deformadora del factor subjetivo propio de toda actividad cognoscente, situándose en el ámbito de lo social y abriéndose a la intersubjetividad y a la crítica científicas.

Schaff niega que haya contradicción entre afirmar de modo general la necesidad de superar las formas concretas de deformación que los condicionamientos de clase imponen al conocimiento histórico o social para aproximarse gradualmente a una «objetividad óptima» y recomendar al historiador, como él hace, que adopte consciente y claramente la posición de clase del proletariado como la única capaz de proporcionar un conocimiento parcial, pero no por ello menos objetivo, mientras no se rebase el actual sistema de relaciones sociales y se llegue finalmente a la sociedad sin clases. ■ **JOAQUIN RABAGO.**

VIDAS A CABALLO

William H. Bonney, más conocido como Billy «El Niño», recorrió en cierta ocasión ciento treinta kilómetros en seis horas. Esto al menos es lo que se cuenta en la introducción al libro del **sheriff Pat Garret** (primero su amigo y luego su matador). Y esta es la biografía que escribiera sobre él: «**La verdadera historia de Billy "El Niño"**» (Ediciones del Cotal).

Es, efectivamente, la vida de Billy «El Niño» una vida a caballo. Buena parte de ella sobre su «caballo tordo de confianza». El caballo y el revólver eran los dos elementos claves de todo su oficio y beneficio, sus herramientas de trabajo. Al ver esta historia de Billy «El Niño» tiene uno que acordarse de la vida de otro hombre a caballo (y a ello parecía predestinado por su apellido): el español Juan Caballero. Más afortunado que su colega americano, Caballero murió en la cama, ya viejo. No precisó de ningún sheriff o teniente que contara su vida, sino que lo hizo él mismo en un libro singular, ahora editado («**Historia verdadera y real de la vida y hechos notables de Juan Caballero escrita a la memoria por él mismo**», Ediciones Turner).

Tanto Caballero como Garret sienten la necesidad de subrayar el carácter de **verdadera** que tiene la historia que cuentan. Bien es cierto que ambos están capacitados como nadie para dar fe de ello: uno por protagonista directísimo y el otro por antagonista, no menos directo...

Caballero, «El Niño», Eleuterio Sánchez «El Lute» en nuestro tiempo, son vidas itinerantes. No pueden parar. Su destino es caminar, andar, correr, huir, no estarse quieto. La movilidad es su mejor arma defensiva. La historia de Pat Garret está llena de hechos en los que «El Niño» persigue o es perseguido, va de Lincoln a Fort Summer, de un lado a otro, de la montaña al llano, del llano a la montaña...

Garret recurre nada menos que a unos versos de Walter Scott para ilustrar la vida de «**El Niño**», **el perseguido**. Como el Risingham scottiano, Billy padece una «frenética persecución», pero no como perseguidor sino como huido.

Billy «El Niño» fue muerto el 14 de

Historia
y verdad

(Por qué discrepan los historiadores al interpretar los hechos del pasado?)
(Por qué se construye constantemente la historia?)

Adam
Schaff



CRITICA
Grupo editorial
Océano